

PEDIR LA SABIDURÍA, ¿PARA QUÉ?

*P. Martín Villagrán, I.V.E.
Roma, Italia*

καὶ μετὰ σοῦ ἡ σοφία ἢ εἰδυῖα τὰ ἔργα σου
καὶ παροῦσα ὅτε ἐποίεις τὸν κόσμον
καὶ ἐπισταμένη τί ἄρεστόν ἐν ὀφθαλμοῖς σου
καὶ τί εὐθὲς ἐν ἐντολαῖς σου

ἐξαπόστειλον αὐτήν ἐξ ἁγίων οὐρανῶν
καὶ ἀπὸ θρόνου δόξης σου πέμψον αὐτήν
ἵνα συμπαροῦσά μοι κοιπάσῃ
καὶ γνῶ τί εὐάρεστόν ἐστιν παρὰ σοί

*Contigo está la sabiduría que conoce tus obras
y que estaba a tu lado cuando hacías el mundo
y que conoce qué es agradable a tus ojos
y qué es recto según tus mandamientos.*

*Envíala desde tus santos cielos
y de tu trono de gloria envíala
para que estando junto a mí se fatigue
y conozca yo qué es agradable para tí.*

(Sb 9, 9-10)

Introducción

Nos proponemos en este estudio presentar el Libro de la Sabiduría por medio de una pequeña sección (Sb 9,9-10), que consideramos expone elementos esenciales del mismo y que, por eso, nos permitirá tener una primera y buena aproximación a la obra en cuestión.

Estos versículos que hemos elegido están al centro de este escrito santo en varios sentidos.

En cuanto a su estructura, una primer división -substancialmente segura- se da en tres secciones (1-6: sobre la justicia; 7-9: elogio de la sabiduría; 10-19: la sabiduría en la historia).

Dentro de la segunda podemos colocar la Oración de Salomón (9), ya sea considerando independientemente una estructura concéntrica de 7 y 8 -arribando así en 9 al cénit de la sección- ya sea integrándola en una estructura que denote su paralelismo con el elogio de la Sabiduría (7,22-8,1)¹.

También al interno de la Oración encontramos que la estructuración más extendida hoy en día, considera el versículo 10a-b como central. Otra división -que mantiene con leves retoques las tres estrofas clásicas (1-6/7-12/13-18: propuestas por Gilbert²)- coloca al centro de la segunda el versículo 10, donde se mencionan -solamente acá- los tres sujetos que aparecen en ella (Dios, la sabiduría y Salomón).

En cuanto al contenido o al mensaje del Libro, también podemos decir que estos versículos expresan ideas centrales. Las descripciones y elogios hechos a la Sabiduría nos inducen a amarla y a desearla. Más aún; al reconocer que es un don de Dios, que es algo que está en intimidad con Él y que sólo de él puede venir, se convierte, ese deseo, en súplica de petición.

Pero hay que considerar algo más: ¿Con qué finalidad se la pide? o ¿cuál es el efecto que se espera de su adquisición? Este efecto es la rectitud de vida, rectitud que viene determinada por el cumplimiento de los mandamientos y deseos de Dios, que serían siempre oscuros e inalcanzables si no se nos diera este don de la Sabiduría «que conoce lo que es agradable a tus ojos y lo que es recto según tus mandamientos» (Sb 9,10).

¹ «El hecho de que la oración de Salomón se encuentre al centro del Libro subraya la importancia. Ella representa el punto culminante de la reflexión sapiencial y del elogio de la Sabiduría (Sb 1-9) y, al mismo tiempo, el inicio de la reevocación de los eventos salvíficos del éxodo (Sb 10-19)». M. GILBERT, *La Sapienza di Salomon II*, ADP, Roma 1995, 102.

«La oración de Sb 9 ocupa la posición central en el libro, en relación al contexto precedente y sucesivo, desempeñando un rol de verdadera y propia *mise en abîme* (puesta en abismo o relato enmarcado). R. VIGNOLO, “Sapienza, preghiera e modello regale”, en *Il Libro della Sapienza*, Bellia-Passaro edd., Città Nuova, Roma 2004, 272 ».

² Cf. M. GILBERT, «Structure de la prière de Salomon» (Sg9), in *Bib* 51 (1970), 301-331.

Antes de pasar al cuerpo del artículo hagamos alguna consideración sobre el sujeto de esta Oración. Este Libro deuterocanónico, cuyo texto nos ha llegado en griego y que se cree que fue escrito directamente en griego, hace sin embargo referencia evidente a Salomón (en cuya época se hablaba y escribía el hebreo). Éste, si bien no viene directamente nombrado a lo largo del libro, está insinuado en aquellos lugares en donde se habla o de un rey (6,9; 7,1-6) o, más explícitamente aún, de un rey que debe construir un templo (9,7-8).

Llamamos la atención sobre dos asuntos en relación a la historia de Salomón.

En primer lugar, su *preferencia de la sabiduría* sobre todo otro bien.

Esto nos remite a 1 Re,3 en donde Dios dice en sueños al joven rey: «Pídeme lo que crees que debo darte» (5). Responde Salomón: «Concede a tu siervo un corazón atento para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal. Cierto ¿quién podrá hacer justicia a este pueblo tuyo tan grande?»(9). «Agradó al Señor esta súplica de Salomón. Entonces le dijo Dios: Por haber pedido esto y no una vida larga o riquezas... te concedo una mente sabia e inteligente, como no ha habido antes de tí, ni surgirá otro igual después. Te concedo también aquello que no has pedido: riqueza y gloria...» (10-13). Salomón, que había percibido su indigencia, dice: «por eso supliqué y se me concedió la prudencia; invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría. La preferí a cetros y tronos y en su comparación tuve en nada las riquezas»(Sb 7,7-8).

Una segunda observación es sobre la *conducta posterior* de Salomón.

En 1 Re 3,14 el Señor culmina su promesa diciendo: «Si caminas por mis sendas, guardando mis preceptos y mandamientos, como hizo David, tu padre, prolongaré los días de tu vida». Este condicional (יִכְרְדֵב, גִּלְת וּמִצְוֹ) que parece esperanzador, se vuelve trágico al conocer la infidelidad de Salomón y el castigo de Dios: «Por haber actuado así y no haber guardado mi alianza y las leyes que te ordené, voy a arrancar el reino de tus manos y ...»(1 Re 11,11). Así, por el pecado del rey sabio -que construyó el Templo, signo de unidad- vino la división de Israel (Cf. 1 Re 11,13).

Estas dos observaciones nos vuelven a hablar de la importancia de los versículos elegidos. La Sabiduría es un gran don, necesario y que se

debe pedir, pero que nos debe conducir a una rectitud moral, tal que se convierta en el fundamento de la pervivencia de este don y de los demás dones que conlleva.

Dios es tan infinitamente misericordioso, como gravemente justo, como dice el profeta Ezequiel (33,12-16): «La justicia del justo no le salvará el día de su perversión, ni la maldad del malvado le hará sucumbir el día en que se aparte de su maldad. Pero tampoco el justo vivirá en virtud de su justicia el día en que peque. Si yo digo al justo: “Vivirás”, pero él, fiándose de su justicia, comete la injusticia, no quedará memoria de toda su justicia, sino que morirá por la injusticia que cometió. Y si digo al malvado: “Vas a morir”, y él se aparta de pecado y practica el derecho y la justicia, si devuelve la prenda, restituye lo que robó, observa los preceptos que da la vida y deja de cometer injusticia, vivirá ciertamente, no morirá. Ninguno de los pecados que cometió se le recordará más; ha observado el derecho y la justicia; ciertamente vivirá».

I. Dos detalles de los versículos 9 y 10

Veamos brevemente un par de dificultades que presenta nuestro fragmento.

I. *παροῦσα* (v.9) γ *συμπαροῦσα* (v.10):

Dice Mazzinghi que « el tema de la presencia de la sabiduría es central (p. 358)». Luego analiza la relación que podría haber con el texto griego de Pr 8,27.30 y observa: «Al retomar Prov 8,30LXX (ἤμην παρ’ αὐτῷ), utilizando el verbo *πάρεμι*, ausente en el texto de Proverbios, nuestro autor introduce un vocablo que en el uso griego ha adquirido muy pronto un matiz religioso: desde el lenguaje homérico, en efecto, el verbo sirve para describir la presencia de los dioses; en particular *πάρεμι* indica la presencia de un dios en las ceremonias sagradas hechas en su honor” (p.361)³.

³ L. MAZZINGHI, «La Sapienza, presente accanto a Dio e all’uomo, Sap 9,9b.10c e la figura di Iside», en CALDUCH-BENAGES – VERMEYLEN edd., *Treasures of Wisdom*, 357-367.

Scarpát⁴ analiza el participio *παροῦσα* señalando que (todo) el significado de esa «presencia de la sabiduría» debe deducirse de la lectura de todo el libro y esto es fruto de una concepción teológica. De por sí el verbo *παρεῖναι* significa solamente *estar presente*.

συμπαροῦσα en cambio significa tanto *estar presente* como *estar al lado para ayudar*. Es un término extraño y lo usa Jenofonte (Hell. 4,6.1) y la LXX (Prov 8,27) siempre con un dativo. Scarpát sostiene la hipótesis de que el autor de Sabiduría, que usa el verbo *συμπαροῦσα* con el significado del griego clásico, lo evade en 9,9 (donde usa simplemente *παροῦσα* con *μετὰ σοῦ*) para evitar que se piense que la Sabiduría era un instrumento por el cual Dios llevó a cabo la obra de la creación.

II. «Para que se fatigue»- ἵνα ... κοπίασῃ - (v.10)

Esta frase es llamativa -y un poco desconcertante a primera vista- en cuanto que pone fatiga en la sabiduría. Aquí encontramos el verbo en cuestión con un prefijo *συν* y con un complemento en dativo (*μοι*) por lo que no queda duda de que esa presencia es activa: «Para que asistiéndome se fatigue». La atribución de la fatiga a la Sabiduría se explica sin embargo, por una extensión del efecto que todo esfuerzo o trabajo produce en el hombre. Es tan íntima la colaboración que hay con Ella que el hagiógrafo usa esta expresión que podría traducirse también: «para que me acompañe en mis fatigas».

Según Vílchez Líndez el versículo 9,10 «trata de la función de la Sabiduría, de los motivos por los cuales Salomón la pide; la familiaridad con la Sabiduría hará que él se le una, que forme con él una sola cosa (Cf. 8,9-18). El antropomorfismo es osado, dado que el trabajo y la fatiga de Salomón serán trabajo y fatiga también de la Sabiduría: solidaridad perfecta»⁵.

II. ¿Qué es lo que pide Salomón?

Siendo el pedido de un rey, que siente su impotencia para gobernar un reino tan grande, (Cf. 1 Re 3,7-9) y siendo que la recomienda a los reyes y

⁴ G. SCARPAT, *Il Libro della Sapienza II*, Paideia, Brescia 1996, 262-263.

⁵ J. VÍLCHEZ LÍNDEZ, *Sapienza*, Borla, Roma 1990, 330.

gobernantes del mundo (Cf. Sb 1,1; 6,1-11.20-21), podríamos pensar que lo que se pide es tan sólo la prudencia política.

A pesar de esto, la caracterización que se hace de ese don que se implora nos deja ver a las claras que se refiere a una realidad de mayor envergadura, o mejor dicho, a varias realidades.

Una primer y necesaria aclaración es acerca de las características personales con que se presenta a menudo a la Sabiduría (Cf. Sb 7-9). No es lícito pensar que esta *personificación de la Sabiduría* se refiera a una hipóstasis con entidad propia, como si fuese una realidad intermedia que obra en lugar de Dios. Debe decirse, mejor, que estamos ante un recurso literario, llamado *prosopopeya*, por la cual se atribuye un carácter personal a realidades que de suyo no lo tienen.

No obstante, es necesario considerar todas las realidades que parecen indicarse cuando se habla de la Sabiduría en este escrito sagrado, buscando así distinguir y precisar más sus naturalezas.

Ante todo digamos que esa personificación puede ser aplicada al atributo divino que, como tal, no tiene si no una distinción de razón con respecto a la esencia divina (Cf. S.Th.I q.3). En este sentido hablar de la Sabiduría de Dios es lo mismo que hablar del Dios sabio, es decir, de Dios mismo.

En segundo lugar esa Sabiduría que *entra en las almas santas... y hace amigos de Dios y profetas* (8,27-28) es cierta participación de ese atributo divino en las almas.

En este segundo sentido encontramos que hay muchos elementos que podrían referirse a las virtudes intelectuales (ciencia, entendimiento y sabiduría –entre las que ésta última cumple una función arquitectónica⁶), a la prudencia en distintos ámbitos, al don del Espíritu Santo, etc.

Con respecto a esto es interesante ver cómo Santo Tomás de Aquino⁷ busca tanto entender cuál es la realidad indicada en la Sagrada Escritura, como cuáles son las palabras que ella usa. Al distinguir los dones de las

⁶ Cf. STh I-II q. 66 a. 5, corpus.

⁷ Cf. STh I-II q. 68 a. 1, corpus.

virtudes dice que «debemos seguir el modo de hablar de la Escritura, en la cual se nos revelan, no ciertamente bajo el nombre de dones, sino más bien, bajo el nombre de espíritus, pues así se dice en Is 11,2-3: *Sobre él reposará el espíritu de sabiduría y de inteligencia*, etc. Por estas palabras se nos da a entender manifiestamente que estas siete cosas se enumeran allí, en cuanto que existen en nosotros por inspiración divina». Y más adelante: «es necesario que existan en el hombre unas perfecciones más altas que le dispongan para ser movido por Dios. Y estas perfecciones se llaman dones, no sólo porque son infundidos por Dios, sino también porque por ellas el hombre está dispuesto a ser prontamente móvil bajo la inspiración divina, tal como se dice en Is 50,5».

En lo esencial y más elevado de la gracia que Salomón pide se ve tanto el origen divino como el deseo de disponerse del mejor modo posible para cumplir con exactitud el plan de Dios.

Hay una tercera posibilidad que es la de encontrar en esta Sabiduría una referencia al Verbo eterno de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad, que se desea sea enviado a los hombres. Es necesario con respecto a esto recordar que estos misterios son misterios propiamente cristianos, es decir, son revelados por y en Jesucristo, por lo que no podemos hablar de una revelación formal y explícita de los mismos en el Antiguo Testamento. Sin embargo es lícito y acertado entrever en esta obra veterotestamentaria una revelación implícita por la que quedan insinuados misterios que serán revelados en su plenitud más adelante, cumpliendo así un papel propedéutico y anticipatorio.

En este sentido son muchas las semejanzas que encontramos entre terminologías y descripciones de la Sabiduría en este libro y los modos de referirse, que en el Nuevo Testamento encontramos con respecto al Verbo eterno de Dios y a Jesucristo, el Verbo Encarnado⁸. Considerando que el autor principal de toda la Revelación es el mismo y que su pedagogía es la de la revelación progresiva, a menudo es más sensato inclinarse por esta posibilidad que imaginar a todos los autores humanos releyendo el texto

⁸ Comparar por ejemplo Sb7,26 con He1,3; Jn1,9, Col 1,15-20. O también Sb 9,10 con Ga 4,4; Ro 8,3.

de la Sabiduría en clave cristiana. Al menos no se debe a *priori* limitar la explicación a esta última hipótesis como si fuese la más científica⁹.

Dicho todo esto, recordemos cómo describe nuestro texto (v. 9) a la Sabiduría. En primer lugar señala *la presencia*: la Sabiduría está con Dios al presente (μετὰ σοῦ) y con Él estaba ya anteriormente cuando creó el mundo (παρουσα). Ya dijimos suficiente sobre esto. Otra característica que le da es la de ser *conocedora*: conoce las obras de Dios (εἰδύια) y conoce (ἐπισταμένη) lo que agrada (ἀρεστόν) a Dios y cuál es el recto (εὐθές) cumplimiento de sus mandamientos.

Ambas notas están íntimamente ligadas entre sí puesto que una (la *presencia*) explica la otra (el *conocimiento* íntimo). Esta segunda nota de la Sabiduría es esencial para poder cumplir aquel cometido propio; ese efecto específico, que desarrollaremos a continuación.

III. ¿Para qué pedir la sabiduría?

En Sb 9,10 encontramos la finalidad de este suplicado envío (ἐξαπόστειλον, πέμψον): *para que asista* (hemos justificado ya esta traducción de συμπαροῦσά μοι κοπιάση) y *para conocer* (γινῶ) lo que agrada a Dios.

Conocimiento y obrar aparecen íntimamente relacionados. Es la Sabiduría la que puede ayudar al hombre en su recto obrar porque la rectitud depende de la conformidad de nuestras obras con lo que agrada a Dios. Es ella la mejor asistente porque ella conoce Sus obras, estuvo a Su lado cuando creó el mundo (9,9) y fue por medio de ella que fue formado el hombre mismo (9,2).

⁹No compartimos por ejemplo la conclusión que saca Aletti al tratar el tema: «Los textos que acabamos de examinar indican con claridad que la tradición sapiencial ha sido utilizada en los escritos paulinos para expresar la situación de Cristo y su participación en la obra de la creación, sin que haya que hablar necesariamente de una identificación de Cristo con la Sabiduría de numerosos pasajes de los escritos sapienciales». M. GILBERT – J.-N. ALETTI, *La Sabiduría y Jesucristo*, Ed. Verbo Divino, Pamplona 1985, 54. Este autor niega con razón la identificación explícita del Verbo (eterno o encarnado) con la Sabiduría, pero se limita a explicar la implícita como un fenómeno meramente humano descuidando así la importante faceta que presenta la doctrina de la revelación progresiva.

Leemos por un lado, más en general, que el hombre fue formado «para que dominase sobre tus creaturas, gobernase el mundo con santidad y justicia y juzgase con rectitud de espíritu» (9,2-3). Por otro lado, Salomón en particular, fue elegido «como rey de tu pueblo, para gobernar a tus hijos y a tus hijas, tú me encargaste construir un templo en tu monte santo y un altar en la ciudad donde habitas...» (9,7-8).

Pero resulta por una parte que el mismo rey es un *hombre débil y de vida efímera, incapaz de comprender el derecho y las leyes* (9,5). De modo semejante todos los hombres presentan serias limitaciones respecto a su noble cometido, pues *los pensamientos humanos son mezquinos y nuestros proyectos, caducos; pues el cuerpo mortal oprime el alma y la tienda terrenal abrumba la mente reflexiva. Si a duras penas vislumbramos lo que hay en la tierra y con dificultad encontramos lo que tenemos a mano, ¿quién puede rastrear lo que está en los cielos?* (9,14-16).

Esta última interrogación está formulada de otro modo en 9,13 («¿Qué hombre puede conocer la voluntad de Dios? ¿Quién puede considerar lo que el Señor quiere?») y es respondida por medio de otra pregunta en 9,17: «¿Quién puede conocer tu voluntad, si tú no le das la sabiduría y le envías tu espíritu santo desde el cielo?».

Es pues, necesario pedir el don de la Sabiduría para poder alcanzar aquel fin del hombre, que viene determinado por Dios ya sea en modo amplio -para la humanidad- como de modo personal -el plan que Dios tiene para cada hombre- *pues aunque uno sea perfecto entre los hombres, si le falta la Sabiduría que viene de tí, será tenido en nada* (9,6)¹⁰.

Esta perfección *entre los hijos de los hombres* (τέλειος ἐν υἱοῖς ἀνθρώπων) podría hacer referencia al estoicismo griego que proponía un ideal de virtud a la medida del hombre, una moral autosuficiente. Refiérase al estoicismo o no, esta pretendida suficiencia antropológica es presentada acá como una insuficiencia teológica causada por esa incapacidad de remontarse a su

¹⁰ «Las tareas del hombre en general, y aquellas de un rey como Salomón en particular, superan las capacidades humanas. (...) Salomón implora que el Señor le conceda el don de la sabiduría; la competencia y la capacidad necesaria para realizar lo que Dios ordena». A. SCHENKER, *Il libro de la Sapienza*, Città Nuova, Roma 1996, 85.

principio último. Por esta distancia de la Fuente y la consiguiente reclusión, el hombre es *estimado en nada*. Es necesaria entonces una dimensión orante en el hombre que rompa esa vana confianza en las propias fuerzas y se realice plenamente por medio de un autotranscenderse.

Así lo entiende Salomón y por eso encontramos introducida nuestra oración del siguiente modo: «Comprendiendo que no la conseguiría, si Dios no me la daba, -y ya era un signo de sensatez saber de quién procedía tal don- acudí al Señor y le supliqué, diciéndole de todo corazón: Dios de mis antepasados, Señor de la misericordia...» (Sb 8,21-9,1).

IV. Eficacia de la Sabiduría

Es entonces cuando Dios envía su don y éste fructifica llevando al hombre a su realización y felicidad completa.

Salomón se siente protegido por la Sabiduría y confía en que podrá cumplir la misión encomendada y agrada así al Señor: «(ella) me guiará prudentemente en mis empresas y me protegerá con su gloria. Así mis obras serán aceptadas, juzgaré a tu pueblo con justicia y seré digno del trono de mi padre» (9,11-12).

Al finalizar la oración vuelve a manifestarse esa dimensión universal que empapa toda la obra, pues se refiere a los hombres que en el pasado han recibido este precioso don: «Así se enderezaron los caminos de los habitantes de la tierra, los hombres aprendieron lo que te agrada y se salvaron gracias a la sabiduría» (9,18). Como ya dijimos, el Libro de ahora en más se convierte en una anámnesis en la que se recorre la historia de Israel en clave sapiencial¹¹.

¹¹ Esta anámnesis himnica demuestra también «la importancia de la oración en el Libro de la Sabiduría y la variedad de sus formas. Hay una *oración de petición*, para obtener el don de la Sabiduría (Sb 9) y para ser inspirados por Dios (Sb 7,15-16); una *oración de intercesión*, para obtener el perdón de los pecados y el fin de la calamidad (Sb 18,20-25); una *oración de alabanza*, para recordar las maravillas del Señor, que se manifiesta sobre todo en su misericordia y clemencia hacia los culpables (Sb 11,23-12,2); y finalmente una *oración matutina* que proviene de una antigua tradición bíblica y que el justo debe conservar (Sb 16,24-29)». M. GILBERT, *La Sapienza di Salomon II*, ADP, Roma 1995, 102.

Estos y otros *efectos* encontramos en los demás capítulos:

a) A los reyes del mundo había dicho: «si queréis tronos y cetros, soberanos de los pueblos, apreciad la sabiduría y reinaréis eternamente» (6,21) y a ellos les relata que él la prefirió a cetros y tronos y a pesar de esto «me vinieron, juntamente con ella, todos los bienes, e innumerables riquezas por medio de ella» (7,11). «Gracias a ella obtendré gloria entre la gente y, aunque joven, el aprecio de los ancianos. Apareceré agudo en el juicio y seré la admiración de los poderosos. Cuando calle, esperarán; cuando hable, prestarán atención; y si me alargo hablando, se llevarán la mano a la boca. Gracias a ella alcanzaré la inmortalidad y legaré perpetuo recuerdo a la posteridad. Gobernaré a los pueblos y someteré naciones. Soberanos terribles se asustarán al oír hablar de mí. Me mostraré generoso con las multitudes y valiente en la guerra» (Sb 8,10-15).

b) Más adelante dirá que «es un tesoro inagotable para los hombres, y los que la adquieren se granjean la amistad de Dios» (7,14); «...y entrando en las almas santas en cada generación, hace amigos de Dios y profetas, pues Dios sólo ama a quien convive con la sabiduría» (7,27-28). En 8,17-18 se refiere también a este efecto diciendo: «la inmortalidad reside en emparentar con la Sabiduría¹², (...) su amistad es un gran placer, (...) hay riqueza inagotable en el trabajo de sus manos, prudencia en su trato asiduo y prestigio en la conversación con ella».

c) Al caracterizarla como esposa, Salomón escribe: «Si la riqueza es un bien apetecible en la vida, ¿qué cosa es más rica que la sabiduría, que todo lo hace? Si la inteligencia trabaja, ¿quién sino la sabiduría es el artífice de cuanto existe? Si alguien ama la justicia, las virtudes son su especialidad, pues ella enseña templanza y prudencia, justicia y fortaleza; para el ser

¹² «Al tema de la Sabiduría como fuente de realeza, entendida como real dominio del hombre sobre la creación y, en particular como poder del soberano sobre los súbditos, se liga el otro de la Sabiduría como causa de independencia del sabio del espacio y del tiempo y por eso como fundamento de la certeza de la inmortalidad. (...) Los sabios (...) con su virtud ponen la raíz de una inmortalidad plena, que encuentra su significado, no sólo en la superación de la muerte física, sino sobre todo, en el habitar junto a Dios en una comunión de amor». L. VERGA, «Il libro della Sapienza e la Filosofia ellenistica», en *Fede e cultura dal Libro della Sapienza*, AA.VV., EDB, Bologna 1987, 97-99.

humano no hay en la vida nada más provechoso. Si alguien anhela una gran experiencia, ella conoce el pasado y adivina el futuro, comprende dichos agudos y resuelve enigmas, conoce de antemano signos y prodigios y la oportunidad de momentos y tiempos» (8,5-8). De modo semejante había hablado de esa ciencia superior en 7,17-21: «Él me concedió el verdadero conocimiento de los seres, para conocer la estructura del mundo y la actividad de los elementos, el principio, el fin y el medio de los tiempos, la alternancia de los solsticios y la sucesión de las estaciones, los ciclos anuales y la posición de las estrellas, la naturaleza de los animales y los instintos de las fieras, el poder de los espíritus y los pensamientos de los hombres, las variedades de las plantas y las virtudes de las raíces. Llegué a conocer cuanto está oculto y manifiesto, porque la sabiduría, artífice de todo, me lo enseñó».

Numerosos son, pues, los dones que acompañan a la Sabiduría. Tornemos sin embargo a nuestros versículos para volver a concluir que, por un lado, su característica principal está en esa intimidad que tiene con Dios por la que queda habilitada para iluminarnos y guiarnos; y por otro, que el obrar recto, según el agrado de Dios, es el fin por el cual deseamos adquirirla y por el cual la suplicamos.

Conclusión

El P. Gilbert analiza la aproximación espiritual que San Luis María Grignon de Montfort realiza sobre los libros sapienciales y en concreto del Libro de la Sabiduría. Al preguntarse cuál es el uso que hace Montfort de esta obre dice: «Es en calidad de exégeta que buscaremos de responder a esta pregunta, con la doble convicción de que una mirada abierta y acogedora es la mejor aproximación –también y sobre todo, en el plano científico– para leer una obra, y que la exégesis no es solamente histórico-crítica, sino que la lectura que los santos hacen de la Escritura nos puede ser útil para una comprensión eclesial de los Libros Sagrados»¹³.

¹³ M. GILBERT, «L'esegesi spirituale del Montfort», en *La Sapienza di Salomon II*, ADP, Roma 1995, 143.

Es interesante cómo el Santo considera la infidelidad de Salomón llegando así al fondo de la cuestión, o mejor dicho, a la preocupación última de todos estos discursos: para que el don de la Sabiduría sea realmente valioso deberá portar su fruto hasta el final. Hay, entonces, un don que es superior tanto a la Sabiduría misma como a la consiguiente santidad de vida: este don es la *perseverancia final* en las mismas. Don arduo y para el cual San Luis propone un medio excelentísimo partiendo siempre de nuestra débil condición:

«Para ser, pues, en cierto modo más sabios que Salomón es necesario poner en manos de María todo lo que poseemos, hasta el mismo Jesucristo, tesoro de los tesoros, a fin de que nos lo conserve. Somos vasos demasiado frágiles; no pongamos en ellos este precioso tesoro y este maná celestial. Son muchos los enemigos que nos rodean, demasiado astutos y experimentados; no confiemos, pues, en nuestra prudencia y fortaleza. Demasiada experiencia tenemos ya de nuestra inconstancia y de nuestra natural liviandad; desconfiemos de nuestra prudencia y de nuestro fervor.

María es *prudente*: pongámoslo todo en sus manos; ella sabrá disponer de nosotros y de cuanto nos pertenece para mayor gloria de Dios.

María es *caritativa*: nos ama como a hijos y servidores suyos; ofrezcámosle todo; nada perderemos en ello, ya que todo lo hará redundar en provecho nuestro.

María es *generosa*: devuelve más de lo que se le confía; démosle cuanto poseemos, sin reserva alguna, y recibiremos el ciento por uno.

María es *poderosa*: nadie puede arrebatarle lo que se le ha confiado en custodia; pongámonos en sus manos, que ella nos defenderá y con su ayuda saldremos victoriosos de todos nuestros enemigos.

María es *fiel*: no se le extravía ni pierde nada del depósito que se le confía. Es por excelencia la Virgen fiel a Dios y fiel a los hombres. Guardó y conservó fielmente todo lo que Dios le confió, sin perder una partícula, y sigue custodiando con especial esmero a todos aquellos que se hallan por completo bajo su protección y tutela.

Confiemos, pues, todas nuestras cosas a su fidelidad; cojámonos a ella como a una columna que no puede ser derribada, como a una áncora

que no puede ser arrancada, o mejor aún, como a la montaña de Sión, que nadie puede conmover».

«Por muy ciegos, por muy débiles e inconstantes que seamos por naturaleza y por numerosos y malignos que sean nuestros enemigos, jamás seremos engañados ni nos extraviaremos y jamás tendremos la desdicha de perder la gracia de Dios y el tesoro infinito de la Sabiduría eterna»¹⁴.

¹⁴ L.M. GRIGNION DE MONTFORT, *Amor a la Sabiduría Eterna*, Cap. XVII, 221-222.